
Entrada Libre

Gibbon y los Hunos Anthony Burgess

Este ensayo apareció en *The New York Times Book Review*, febrero 28 de 1988. Traducción de Antonio Saborit.

Este, yo creo, es un pasaje bastante razonable de prosa inglesa:

“En el segundo siglo de la era cristiana, el imperio de Roma abarcaba la parte más hermosa de la tierra y la porción más civilizada de la humanidad. Las fronteras de esa extensa monarquía estaban cuidadas por un antiguo renombre y por un valor disciplinado. La amable, aunque poderosa, influencia de las leyes y de las costumbres había afirmado gradualmente la unidad de las provincias. Sus pacíficos habitantes disfrutaban y abusaban de las ventajas de la riqueza y del lujo. Se conservaba con una reverencia decente la imagen de una constitución libre. El senado romano parecía contar con la autoridad soberana y restituía en los emperadores todos los poderes ejecutivos del gobierno. Durante un feliz periodo de más de ochenta años, la administración pública corrió a cargo de la virtud y las habilidades de Nerva, Trajano, Adriano y dos Antonios.”

Y así sigue, en mi edición, por espacio de 1300 páginas impresas de manera ceñida a dos columnas —realizada en 1840: qué vista tan maravillosa tenían los primeros victorianos. Este es, desde luego, el principio de la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* de Edward Gibbon. Se trata de un inglés de la época augusta del tipo del que hace que la Declaración de Independencia sea conmovedora y autoritaria. Véase el balance de las frases, la exactitud del lenguaje, el ligero “abusaban”, que es como un defecto deliberado en el mármol del elogio. Es el estilo prosístico de una época segura de sus convicciones, el estilo de Jefferson pero no de Eisenhower, Nixon o Reagan. Solicita una lectura informada y nunca se desvía hacia el coloquio, el cual degenera con facilidad en lo flojo y en lo impreciso. Se trata de un inglés escrito con tinta muy negra, puntillas afiladas y fino papel hecho a mano.

Una historia inmensa sobre la decadencia de uno de los más grandes imperios que ha visto el mundo era suficiente para la vida de cualquier hombre.

En cuanto a su autor, mientras yo escribo esto nos encontramos situados entre dos aniversarios. Gibbon nació en 1737, hace 250 años, y concluyó su inmensa historia en 1788, provocando esta respuesta del rey Jorge III: "Otro librote negro, Sr. Gibbon. Escribe, escribe, escribe, ¿no es así, Sr. Gibbon?". Para 1788 ya había de verdad un montón de librotos negros. El primer volumen lo publicó en 1776, que a modo de recibimiento suscitó unos cuantos murmullos, ya que en Gibbon parecía notarse cierto cinismo en cuanto al desarrollo de la cristiandad en la última parte del Imperio Romano. El segundo y tercer volúmenes aparecieron en 1781, los cuales obtuvieron como respuesta cierta calidez moderada. "Prolijo", fue lo que dijo todo el mundo, y Gibbon estuvo de acuerdo, culpando a su "diligencia superflua" de su palabrería. Al final de su tarea, Gibbon conoció la ambigua levedad que experimentan todos los autores al concluir una obra pesada: una sensación de libertad pero también una "sobria melancolía" al despedirse "para siempre de una antigua y agradable compañía".

Una historia inmensa sobre la decadencia de uno de los más grandes imperios que ha visto el mundo era suficiente para la vida de cualquier hombre. Pero Gibbon escribió también una autobiografía, publicada póstumamente como *Memorias*, que expone con franqueza una personalidad en apariencia más indolente que trabajadora, producto típico de una familia adinerada en la época de la Ilustración. Gibbon nació en Putney, un suburbio de Londres, fue un niño enfermizo y la víctima de una educación en cierta manera irregular. Asistió al Magdalen College, Oxford, en donde pasó "un tiempo ocioso y sin beneficio" en una atmósfera "estrecha, floja y opresiva". A los 16 se convirtió al catolicismo romano, para el intenso pavor de su padre, y lo enviaron a Lausana para que se reconvirtiera al protestantismo.

A partir de los conflictos internos entre las pretensiones de las creencias opuestas, Gibbon emergió como un racionalista, anticlerical escéptico. Cinco años en Suiza le enseñaron los placeres de la lectura —¿qué otra cosa había además de contemplar el lago y los Alpes?— y la locura del amor. Se enamoró profundamente de Suzanne Curchord, más tarde esposa de un financiero y hombre de estado francés Jacques Necker y madre de la *bête noire* de Napoleón, Mme. de Staël. Su padre, quien por él había roto una relación, ahora destrozó la otra al ordenarle que regresara a casa. A partir de 1759, Gibbon fungió como capitán en la Milicia de Hampshire, pero regresó a la Europa continental en 1763. En Italia sintió por primera vez el llamado de su oficio:

"Estaba en Roma, el 15 de octubre de 1764, cavilando entre las ruinas del Capitolio mientras los frailes descalzos cantaban vísperas en el Templo de Júpiter, cuando me vino por primera vez a la imaginación la idea de escribir sobre la decadencia y ruina de la ciudad."

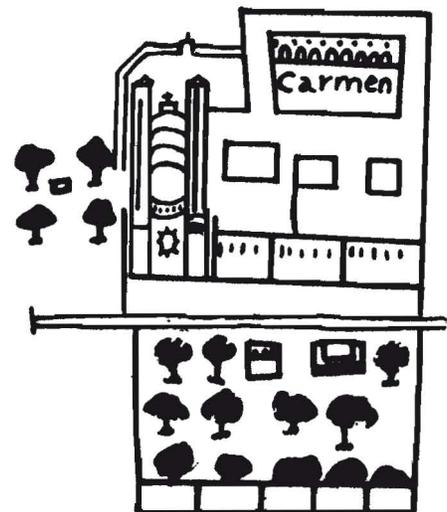
"La independencia, la primera de las bendiciones terrenales", escribió Gibbon en las mismas *Memorias*, y la independencia fue lo que le faltó cuando su padre murió después de llevar una

vida de improvidencia, sin dejar un patrimonio confortable que sirviera de asiento acojinado para realizar la inmensa obra. Gibbon ingresó al Parlamento en 1774, y se le nombró comisionado de comercio y plantaciones. La segura grandeza del sistema colonial británico empezaba a ser desafiada en América, y la publicación del primer volumen de una obra que, en efecto, advertía que todos los imperios caen algún día, fue en 1776. A partir de 1776, *Decadencia y ruina* impidió realizar una vida que valga la pena registrar. Gibbon regresó a Lausana en 1783 y murió en Inglaterra en 1794, a la temprana edad de 57 años. Su vida no es un gran ejemplo para los jóvenes y ambiciosos de hoy día. Su retrato muestra a un hombre que insanamente llegó a la gordura, y las anécdotas sobre Gibbon cuentan cómo aborrecía los deportes. En ninguna parte se menciona su vida sexual. Gibbon no es más que la pluma que pasó por encima de resmas de papel para realizar la más importante obra de investigación histórica dentro del canon mundial.

Se trata de una obra que, a pesar de sus dos siglos de edad, no necesita justificarse sobre la base de los primitivos métodos de investigación, la falta de índices rápidos, la ausencia de un sistema cibernético de recuperación y de la independencia humana de los remisos ayudantes de investigación. En una época en la que el Dr. Samuel Johnson pudo producir con sus propias manos un diccionario, no había nacido la idea del trabajo colectivo en una obra que en la actualidad absorbería a todo un sínodo de historiadores. Lo sorprendente de *Decadencia y ruina* es que no se le haya revisado a la luz de los descubrimientos más recientes. Gibbon no utilizó fuentes secundarias, ya que no existían: se remitió a todo lo que él tenía, los documentos primarios, todos aburridamente señalados al pie de la página. Algunos de estos documentos primarios detallaban la decadencia romana con un desparpajo de peculiaridades en desacuerdo con una época que prefería la generalización vaga. “Mi inglés es casto”, dice Gibbon, “y todos los pasajes licenciosos se quedaron en la decente oscuridad de un lenguaje culto”.

El estilo es lo que fascina. Al escribir sobre Antoninus Pius, Gibbon dice: “Su reinado está señalado por la extraña ventaja de haber producido muy pocos materiales para la historia; la cual, de hecho, es poco más que el registro de los crímenes, las locuras y las desgracias de la humanidad”. Sobre la religión dice: “Los distintos modos de adoración, que prevalecieron en el mundo romano, la gente los consideraba igualmente ciertos; el filósofo, igualmente falsos; y el magistrado, igualmente útiles”. El tono elevado, el balance retórico de las frases, la falta de tentativas en las conclusiones gibbonianas parecen señalar a un hombre de mundo, y no a un recluso adormilado. Gibbon decía: “El capitán de los granaderos de Hampshire. . . no fue inútil para el historiador del Imperio Romano”. Su conocimiento de la vida militar, en otras palabras, iluminó su visión de un imperio al que sostenía un gran ejército. Como político sabía lo que decía cuando declaró “Todos los impuestos, por fin, deben caer sobre la agricultura”, y describió a la corrupción como “el más infalible

Gibbon no utilizó fuentes secundarias, ya que no existían: se remitió a todo lo que él tenía, los documentos primarios, todos aburridamente señalados al pie de la página.



Todos los imperios llegan a un punto de realización en el cual se satisfacen.

síntoma de la libertad constitucional". Su declaración de que "los principios de la constitución libre están perdidos de manera irrevocable, cuando al poder legislativo lo nombra el ejecutivo" tiene más relevancia para la época actual que para la de Gibbon. Gibbon no escribía únicamente sobre el pasado irrecuperable.

De hecho, ¿sobre qué escribía? En sus propias palabras, sobre "las vicisitudes de la fortuna, de las que no se salvan ningún hombre ni la más orgullosa de sus obras, que entierran imperios y ciudades en una fosa común". Pero hay más que la diosa ciega que parece gobernar a la historia: están presentes la fortaleza humana y la debilidad humana, y el principio de que "todo lo humano retrocede si no avanza". El Imperio Romano no avanzó, lo mismo que el Imperio Napoleónico que esperaba nacer a los pocos años de la muerte de Gibbon. Todos los imperios llegan a un punto de realización en el cual se satisfacen. El imperio incluyó a ciertos bárbaros dentro del círculo del dominio civilizado, y el imperio consideró que los bárbaros incivilizables que quedaron fuera no constituían una amenaza. La complacencia es el pecado, y la complacencia debilita a las fuerzas armadas de protección. Un pueblo civilizado condescenderá a usar a algunos de los bárbaros incivilizables como un instrumento mercenario para aplacar la inconformidad en sus fronteras coloniales. El imperio piensa que se puede controlar la energía de la barbarie, y cuando no, ignorarla. En 1940 Francia se sorprendió al descubrir que los bárbaros nazis que nunca habían leído a Voltaire y a André Gide podían capturar la capital, la ciudad luz, por medio únicamente de la ingeniosa energía. Estados Unidos se sorprendió de no poder conquistar a un enemigo bárbaro en Vietnam. Gran Bretaña se sorprendió cuando los japoneses amenazaron a la India.

Gibbon está en su momento de mayor legibilidad al tratar la amenaza de Atila y sus hunos a un imperio cristiano que era tan grande y tan inabarcable que se tuvo que dividir en dos. Roma se había convertido en la capital meramente nominal del imperio occidental cuyos gobernantes la mayor parte del tiempo estaban en Ravena. El imperio oriental tenía su centro casi impenetrable en Constantinopla. Aetius, un gran general al que a veces se le llamó el último de los romanos, había usado a los hunos, igual que usó a los godos y a los visigodos, como fuerza mercenaria. Los hunos, al ver lo que les pagaban por proteger, se negaron a ser un mero instrumento del orden civilizado y, bajo la dirección de un líder grande e implacable, quisieron capturar aquello por lo cual se les contrató para defender. Atila no logró tomar Italia, pero no por la fortaleza romana. La leyenda de que el papa León lo rechazó probablemente sea una razón menos aceptable que el hecho de la disentería y la malaria en las hordas de Atila, así como el problema logístico de trasladar el botín de regreso al Danubio. Atila no hizo caer al Imperio Romano, pero fue la energía bárbara, aún sin civilizar dentro de la lujosa complacencia, la que derribó las puertas de Roma. Vale la pena citar casi todo lo que dice Gibbon, en el capítulo 31, sobre la llegada de Alarico y sus godos:

“El último recurso de los romanos quedó en la clemencia, o cuando menos en la moderación, del rey de los godos. El senado, que en esta emergencia asumió los poderes supremos del gobierno, designó a dos embajadores para negociar con el enemigo. Esta importante tarea se le delegó a Basilius, un senador, de extracción española, notable en la administración de las provincias; y a Juan, el primer tribuno de los notarios, peculiarmente calificado por su destreza en los negocios así como por su previa familiaridad con el príncipe godo. Al acceder a su presencia, declararon, acaso en un estilo más elevado al que convenía a su abyecta condición, que los romanos estaban decididos a conservar su dignidad, ya fuera en la paz o en la guerra; y que si Alarico les negaba una capitulación limpia y honorable, bien podía hacer sonar sus trompetas y prepararse a dar batalla a un pueblo innumerable, ejercitado en las armas y animado por la desesperación. ‘Mientras más tupida la paja, más fácil de segar’, fue la respuesta concisa del Bárbaro; y esta rústica metáfora fue acompañada por una carcajada fuerte e insultante, que expresó su preocupación ante las amenazas de un populacho no hecho a la guerra, debilitado por el lujo antes que extenuado por el hambre.”

Alarico exigió toda la riqueza de la ciudad “y todos los esclavos que pudieran probar su título a nombre de *Bárbaros*. Los ministros del senado se atrevieron a preguntar, en un tono modesto y suplicante, ‘Si tales son sus demandas, ¡Oh, Alteza!, ¿qué pretende dejarnos?’. ‘SUS VIDAS’, contestó el arrogante conquistador.”

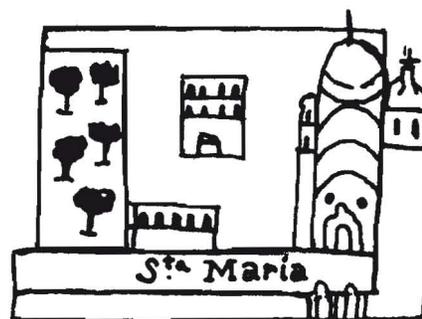
Esto sucedió algunas décadas antes de la intentona de Atila sobre el Imperio Romano, y el registro de Gibbon, intenso y depresivo al mismo tiempo, trata sobre el desmantelamiento de un sensacional aparato de gobierno y civilización, que llevó a cabo gente ruda de sangre no italiana por un botín. Mientras tanto, en las ruinas de la Roma agonizante se preparaba un nuevo y no secular imperio: la Iglesia de Cristo, admitida por primera vez por el supersticioso de Constantino, y no muy querida por el racionalista de Gibbon.

Gibbon, adepto al registro histórico llano, no está por encima de la especulación ocasional. No sin un rasgo de cólera pía, Gibbon imagina las posteriores conquistas de los Hijos del Profeta:

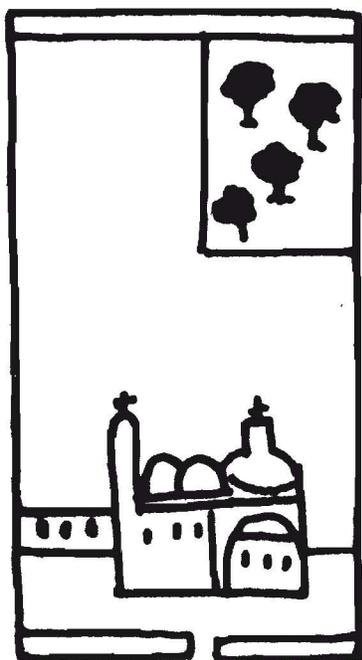
“Un desfile victorioso se había extendido sobre unas mil millas desde la roca de Gibraltar hasta los bancos del Loria; la repetición de un espacio igual habría llevado a los sarracenos a los confines de Polonia y a las partes altas de Escocia; el Rhin no es más difícil de atravesar que el Nilo o el Eufrates, y la flota árabe podía haber navegado sin librar un combate naval hasta la desembocadura del Támesis. Quizás ahora se enseñaría en las escuelas de Oxford la interpretación del Corán, y sus púlpitos podrían demostrar a un pueblo circuncidado la santidad y la verdad de la revelación de Mahoma.”

Tal vez a Gibbon le habría gustado el prospecto de islamizar a “los monjes del Magdalen”: “hombres honestos y agradables

Gibbon, adepto al registro histórico llano, no está por encima de la especulación ocasional.



Gibbon se refiere al desarrollo de un sentido tanto moral como histórico: la conciencia de que todos estamos en un ciclo histórico en el cual el logro conduce hacia la decadencia, y la decadencia a la recuperación de fuerza.



que disfrutaban desembarazadamente de los presentes del fundador”, cuyos “insulsos y abundantes tragos excusaban la viva intemperancia de la juventud”. Gibbon, él mismo un indolente en lo físico, parece paladear la energía del bárbaro y del infiel. Su especulación sobre la prevaeciente energía islámica ya no es tan fantástica como debió parecerlo en su tiempo, o hasta en los primeros años de este siglo, cuando G.K. Chesterton convirtió en musulmán a Inglaterra en “The Flying Inn”, ya que en Oxford hay estudiantes islámicos y el muezín grita desde el minarete en el Regent’s Park. El asunto es, creo yo, que Gibbon siempre resulta relevante para cualquiera que sea la época que lo lea.

En opinión de Gibbon, ¿existió alguna vez un tiempo en el que los hombres fueran felices, estuvieran bien gobernados, fueran prósperos pero que no los debilitara el lujo? Sí, dice él: “Si a un hombre se le pidiera que fijara el periodo en la historia del mundo durante el cual la condición de la raza humana fue más feliz y próspera, nombraría, sin duda, el que transcurrió entre la muerte de Domitian y la ascensión de Commodus”. Pero en la naturaleza misma de esa felicidad está el que no dure: se trata de un interludio en la larga crónica de la decadencia —entropía, así decimos ahora. “Todo lo que es humano retrocede si no avanza”. Y por “avanzar” Gibbon no se refiere tan sólo, creo yo, a la innovación tecnológica que pudo haber salvado al imperio de Napoleón; Gibbon se refiere al desarrollo de un sentido tanto moral como histórico: la conciencia de que todos estamos en un ciclo histórico en el cual el logro conduce hacia la decadencia y la decadencia a la recuperación de fuerza (el *ricorso* de Vico), la conciencia de que el hombre es una unidad sujeta por una sola ley de sobrevivencia y que ningún imperio puede hablar de pueblos “más allá del pálido”.

Naturalmente, Gibbon tuvo sus detractores. Algunos de ellos conservan la triste cólera de los críticos de su propio tiempo, quienes deploraron la falta de entusiasmo en su tratamiento del ascenso del cristianismo. Evelyn Waugh, cuyo estilo augusto parece deberle algo a Gibbon, parecía furioso de que Gibbon considerara la leyenda de Helena y el hallazgo de la Cruz como una tontería urdida “en las tinieblas de los monasterios”. En su novela *Helena*, que sigue a la leyenda e ignora a la historia, Waugh coloca a Gibbon como un verdadero gibón (gibbon), farfullando al final de su correa. Es una ridiculización gratuita.

Gibbon tiene los errores de su época: un encanto demasiado fácil por la razón, una prosa estatuaria que a veces uno desearía ver derretirse dentro de lo demótico, una aparente falta de preocupación por lo humano en su modo de consignar las antigüedades de los emperadores (¿dónde están los esclavos? ¿en dónde están los comunes y corrientes artesanos honestos?) y una solemnidad de perspectiva demasiado apropiada a una Inglaterra que se creía a sí misma superior. Hay que buscar en las *Memorias* para hallar al hombre imperfecto y sufriente (“Vi y amé. . . suspiraba como enamorado, obedecí como hijo”), consciente de lo pasajero.

Debo citar completo, como alegato razonable, lo único que señalé:

“No quiero ocultar las primeras emociones de alegría ante la recuperación de mi libertad y, quizá, ante la cimentación de mi fama. Pero mi orgullo quedó pronto humillado y una serena melancolía se apoderó de mi espíritu ante la idea de que me había despedido para siempre de un viejo y agradable compañero y de que, cualquiera que pudiera ser la suerte de mi *Historia*, la vida del historiador tiene que ser corta y precaria.”

En su caso fue demasiado breve. Pero lo suficientemente larga para la creación de una de las obras más sorprendentes de todos los tiempos.

Decadencia y ruina es indiscutiblemente una obra de historia, pero de la misma forma en que también indiscutiblemente no es lo que hoy se conoce como un libro académico.

La imaginación histórica de Edward Gibbon

G.W. Bowersock

Tomado de la revista *The American Scholar*, invierno 1988, vol. 57, núm. 1. Traducción de Antonio Saborit.

La reputación de Edward Gibbon hoy está más segura que cuando murió. En la posteridad como en la vida, el historiador del Imperio Romano fue la antítesis del Dr. Johnson. No tuvo un Boswell, pero no lo necesitó porque dejó una importantísima obra maestra. Sin su biógrafo, el Dr. Johnson muy probablemente sería recordado sobre todo por su diccionario. E importante como es, la verdad es que esa no es una obra que hoy se lea con frecuencia. Pero la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* no se ha dejado de reimprimir, leer y admirar por todo el mundo occidental. Es el único gran éxito de Gibbon, la causa de su fama y en ocasiones de su notoriedad.

Decadencia y ruina es indiscutiblemente una obra de historia, pero de la misma forma en que también indiscutiblemente no es lo que hoy se conoce como un libro académico. Su información no es siempre exacta, ni tampoco lo era cuando apareció. Su autor leyó muchísimo en las fuentes originales, pero su aportación al análisis académico no superó lo que encontró en los estudios académicos. En cuanto a datos y problemas, el lector serio que pretenda realizar una investigación tendrá que buscar por otro lado: en el siglo XVIII, las mismas fuentes que utilizó el propio Gibbon —Tillemont, el Abate de la Blérierie, Muratori, Pocock y muchos más—, y en los tiempos modernos a Mommsen, Syme, la *Prosopographia Imperii Romani*, y cosas así. *Decadencia y ruina* es confiable en términos generales, pero no existe ciertamente el motivo para que se le lea.